

Históricas Digital

José María Muría

“El Quinto Centenario”

p. 357-364

*In Ihiyo, in Ilahtol. Su aliento, su palabra.
Homenaje a Miguel León-Portilla*

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
El Colegio Nacional
Instituto Nacional de Antropología e Historia

1997

366 p.

ISBN 968-36-5957-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/in_ihiyo/334.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



EL QUINTO CENTENARIO

JOSÉ MARÍA MURÍA

Cuando el presidente del gobierno español, Felipe González, reiteró en 1983 la invitación al gobierno de México para que se sumara a la “celebración” del Quinto Centenario del “descubrimiento de América”,¹ Miguel de la Madrid encargó el estudio del tema a su Secretario de Relaciones Exteriores, Bernardo Sepúlveda Amor, con la sugerencia de que se apoyara en el doctor Miguel León-Portilla.

Si se quería atender, como lo habían hecho ya muchos países latinoamericanos, a la festiva intención inicial de los españoles,² otras personalidades parecían ser más adecuadas que este eminente profesor universitario, casado legítimamente con el estudio de la cultura náhuatl y con amoríos sorprendentes pero asaz enriquecedores con la historia de la Baja California.

No cabe duda de que el entonces Presidente de México pretendía tratar el asunto de una manera diferente a la preferida desde hacía poco más de un año por los demás gobiernos del continente.³

Como quedó claramente establecido después, éste era un tema delicado que podría incluso provocar un cierto malestar social si no se lo manejaba adecuadamente;⁴ pero también representaba una excelente oportunidad para emprender una reflexión generalizada que contribuyera a una mejor comprensión de nuestro propio pasado. Conviene recordar aquí lo que Leopoldo Zea ha repetido tantas veces en el sentido de que los

¹ Desde 1982 se había invitado al gobierno de México, junto con muchos otros latinoamericanos, pero el entonces presidente López Portillo prefirió dejar el asunto intacto para quien habría de ser su sucesor a partir del 1 de diciembre de ese año.

² Respecto de las intenciones implícitas y explícitas del gobierno hispano, *cf.* mi texto *México y el quinto centenario*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, 1993, *passim*.

³ Prueba de ello es que, años después, cuando León-Portilla dejó la Comisión para representar permanentemente a México en la UNESCO, no fue a Silvio Zavala ni a Edmundo O’Gorman a quienes designó el presidente para sustituirlo, por quienes podrían haberse considerado los apropiados, sino a un reputado latinoamericanista como Leopoldo Zea.

⁴ La porfía del señor delegado de Cuauhtémoc, en el Distrito Federal, en homenajear a Cristóbal Colón, en su estatua del Paseo de la Reforma, en 1988, culminó con un contingente de enardecidos indigenistas que arremetió con palos y piedras contra la concurrencia al grito de “Colón al paredón”. Véanse también los planteamientos del Congreso Nacional Indígena, celebrado en México, D.F., del 10 al 12 de octubre de 1992.

latinoamericanos solemos acumular el pasado, mas no conseguimos asimilarlo como es debido. De ahí que muchos de nosotros, en vez de buscar que la historia común se convierta en un elemento unificador, hacemos de ella una causa de discordia o, peor aun, un instrumento de disputa.

De acuerdo con la idea presidencial de procurar un planteamiento más a tono con las circunstancias y, sobre todo, con las necesidades del presente y del futuro inmediato, León-Portilla solicitó que se incorporasen a la discusión Roberto Moreno de los Arcos y el suscrito,⁵ a quienes se sumaría después Guillermo Bonfil Batalla, por cuenta de la Secretaría de Educación Pública.

Pero mientras se trabajaba en el cometido, un buen día desconcertó la noticia en todos los medios de comunicación capitalinos de que el entonces Subsecretario de Cultura, Juan José Bremer, había reunido a un grupo de universitarios notables —más de acuerdo quizá que el nuestro con el criterio convencional y con los requerimientos planteados al principio por los españoles— y que se había constituido ya una comisión encabezada por Edmundo O’Gorman.

Bremer había considerado, tal vez con razón, pero sin decir agua va, que el tema del Quinto Centenario correspondía a la política cultural interna de México, a diferencia de Miguel de la Madrid, quien prefería que dicha efeméride fuese concebida por académicos pero desarrollada ante los demás países por quienes se encargaban de la política exterior.

El Canciller Sepúlveda habló con el Presidente y el entuerto se deshizo, mas para no dejar mal parado al Subsecretario de Cultura, dispuso De la Madrid que la Secretaría de Educación Pública formase también parte de la Comisión, lo que dio lugar a que Jesús Reyes Heróles, entonces a cargo de dicha cartera, se sumase con provecho a la discusión. Sin embargo, compaginar la administración y los requerimientos de dos secretarías de Estado entorpeció y complicó muchísimo las acciones.

Se aceptó desde el principio que era conveniente la incorporación oficial mexicana al “Quinto Centenario”, entre otras cosas, porque no procedía quedar al margen de una jugada que entonces se antojaba que llegaría a tener una envergadura mucho mayor que la alcanzada por ella a fin de cuentas. Era preciso pensar con mucho cuidado lo más conveniente para nuestro país y a la comunidad iberoamericana en general. Sobre todo se deseaba que, en vez de aportar un elemento más de desunión y discordia, pudiera utilizarse la circunstancia como un recurso de penetración entre países partícipes de una misma tradición cultural.

Cabe reconocer que resultaba arriesgado e inicuo —como decía León-Portilla— convocar a todos los mexicanos a una empresa para festejar que quinientos años atrás había comenzado una feroz agresión contra las

⁵ Moreno era entonces director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, y el suscrito del Archivo, Biblioteca y Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

culturas originales de nuestro país y que, si bien no había logrado su completa aniquilación, sí había sido causa de grandes males para los nativos, para sus creaciones y para sus ideas. La celebración de un proceso de conquista y colonización cuyos daños emocionales y materiales aún saltan a la vista se oponía a la aspiración y a la necesidad de dignificar cada una de nuestras múltiples raíces. ¿Cómo dirigirse, entonces, a los indios mexicanos actuales y a lo mucho o poco de indio que tenemos cada uno de los oriundos de este vasto país, exhortándolos a encomiar tanta violencia que todavía hoy no hemos conseguido asimilar del todo?

Dado lo acontecido y también la pésima situación de un gran sector del pueblo mexicano después de quinientos años de europeización y agresiones por parte de propios y extraños, la fecha más bien se antojaba propicia para violentar la paz y para hacer reclamaciones o cobrar añejas facturas.

No era, pues, el panorama ideal para hacer una gran fiesta. Parecía que nadie en sus cabales y con supuesta buena fe resultase capaz de objetar la propuesta de cambiar la idea de *celebrar* por la de realizar una vasta *conmemoración* —recordación— analítica que contribuyera a una mejor comprensión y no a una mayor discordia. Por desgracia no fue así; ya sea por desconocimiento de la diferencia entre celebrar y conmemorar o por buscarle a este último término, en lo más recóndito de su raíz etimológica, acepciones que normalmente no tiene o que la inmensa mayoría de la gente desconoce, no faltaron oponentes a que el mentado Quinto Centenario sirviese para traer a la memoria “las grandes transformaciones económicas, sociales y culturales que han afectado a los dos hemisferios”.

La proposición de León-Portilla fue precisa:

Conmemorar será, por tanto, ocasión para nuevas formas de análisis de lo que ha sucedido en quinientos años de historia, con la mirada abierta a la situación mundial contemporánea y en especial a la de las naciones de América Latina, España y Portugal.⁶

En consecuencia, el Quinto Centenario podía plantear nuevas formas de colaboración entre países que tienen tantos temas comunes o estrechamente relacionados entre sí y que sistemáticamente se empeñan en tratarlos por separado y de manera independiente, como si el vecindario no existiera.

Recomendable también era pensar con cuidado en el objeto de dicha conmemoración. La tan llevada y traída perspectiva del “descubrimiento” de América —quién sabe o no— padece de una fuerte connotación eurocéntrica que, por lo mismo, puede funcionar bien entre los europeos que, a partir de un momento dado, empezaron a descubrir un continente entero,

⁶ Miguel León-Portilla, “Preliminar”, en *Comisión Nacional Conmemorativa del Quinto Centenario del Encuentro de Dos Mundos*, México, 1987, p. 7.

por completo desconocido para ellos, como lo era también para asiáticos, africanos y habitantes de Oceanía.

Se consideraba que lo importante no era recordar, analizar y aplaudir el puro desembarco de Colón, sino el complejo proceso que se inició entonces y que dio lugar, como lo había destacado el propio León-Portilla desde mucho tiempo atrás, al conocimiento entre sí de dos partes del mundo que nada sabían hasta ese momento la una de la otra.⁷ Se trataba del mismo proceso que “trajo consigo a la postre el acercamiento de los pueblos todos de la *ecumene*, la tierra entera habitada por los hombres”.⁸ Fue justamente entonces cuando empezó a cobrarse conciencia de la globalidad del mundo, por lo que, al reconocer que el México antiguo y toda la América prehispánica constituyen una parte también de la historia universal, se prefirió tomar en cuenta “a todos los protagonistas del proceso” —asumiendo así también una legítima perspectiva americana—, para reflexionar sobre este acercamiento al que se prefirió llamar *encuentro* “a la luz de sus perdurables consecuencias”.⁹

A fin de cuentas, se antojaba que el Quinto Centenario era una excelente oportunidad para ver con mayor claridad lo que verdaderamente hemos sido, a efecto de entender mejor lo que somos y podemos llegar a ser. Es decir, que podía propiciar una noción de lo ocurrido más universal, menos imperialista y mucho más conveniente para la generalidad.

Para ello resultaba indispensable abarcar lo más que se pudiera del complejísimo proceso de encuentro, considerando el mayor número de aristas posible e incluyendo el papel desempeñado por América misma y sus grandes aportaciones al llamado Viejo Mundo, así como la indeleble y variadísima impronta ibérica que, no debe olvidarse, constituye un denominador común sumamente importante de todos los pueblos de “Nuestra América”. Con violencia o sin ella, con ribetes genocidas o con intenciones vindicadoras, el caso es que, a la sombra de la expansión de españoles y portugueses, se produjo el complicado y variadísimo proceso que conocemos como mestizaje, característica latinoamericana esencial.

Asimismo, para “redondear el cuadro”, se tornó imperativo tomar en cuenta además lo que ahora se suele denominar como la “tercera raíz”; esto es, la africana, cuya forzada presencia en América, por más desarticulada que haya sido, ha dejado un sedimento que cada vez se revela de importancia mayor.

De esta manera puede hablarse de un encuentro —violento y pacífico— en el que participaron no sólo españoles y americanos, sino también

⁷ Cf. “Le Mexique ancien, est-il un chapitre de l’histoire universelle?”, en *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg*, trad. André Labertit, mai-juin, 1967. Con algunas modificaciones se incluyó en español en *Toltecdyotl. Aspectos de la cultura náhuatl*, México. Fondo de Cultura Económica, 1980. p.36-52.

⁸ Miguel León-Portilla, “Preliminar”, en *Comisión Nacional Conmemorativa del Quinto Centenario del Encuentro de Dos Mundos*, México, 1987, p. 8.

⁹ *Idem*.

habitantes de los otros continentes, máxime que, a partir del proceso que se inició en 1492, se establecería también la relación entre América y Asia oriental que —como ha dicho con frecuencia León-Portilla— se hace patente cotidianamente en todas nuestras mesas. ¿Por qué no pensar entonces en cambiar el enfoque y hacer un llamado a “conmemorar” quinientos años del “encuentro de dos mundos”?

Recuerdo que fue Roberto Moreno de los Arcos quien acabó de convencernos de que el empleo del término “encuentro”, que habría de provocar tan grande polémica, resultaba más adecuado. No es necesario decir que estaba en la boca de todos. Don Jesús Reyes Heróles lo hizo propio en seguida; el suscrito había manejado la idea desde 1969,¹⁰ después de ser alumno de Miguel León-Portilla, y éste mismo había escrito desde 1959, para los muchos de miles de lectores que ha tenido hasta la fecha su *Visión de los vencidos*, lo siguiente: “El examen sereno del encuentro de esos dos mundos [...] ayudará a valorar mejor la raíz más honda de nuestros conflictos.”¹¹

Asimismo, en ocasión ulterior, debido a las malas interpretaciones que se hacían de los argumentos de la Comisión Nacional, en varios casos por ignorancia de sus verdaderos planteamientos, en otros por torpeza y en algunos más por una buena dosis de *inmunda fe*, el propio León-Portilla, sin firmarlo, escribió en 1986 el texto siguiente:

Con este vocablo [encuentro] se significa, como lo señalan los principales diccionarios de la lengua castellana, el “acto de coincidir en un punto dos o más cosas, por lo común chocando una con otra”. Entre las acepciones complementarias de la palabra encuentro, está la que denota un acto y también un proceso de acercamiento de dos o más personas. Tal acto o proceso de acercamiento, como lo señala expresamente el *Diccionario de la Academia*, puede ser de oposición, contradicción, incluso “choque por lo general inesperado, de las tropas combatientes con sus enemigos”. De este modo cabe entender el concepto de *encuentro* como el acto o proceso de coincidencia o convergencia de cosas o personas, con finalidades y formas que pueden ser muy diferentes. Hay así encuentros amistosos, amorosos y también violentos, de agresión y conquista.¹²

Este texto iba por igual dirigido a quienes repudiaban el planteamiento de la comisión mexicana, supuestamente por tibio y con ánimo de disimu-

¹⁰ “El 12 de octubre de 1492, más que un *descubrimiento* implica el inicio del proceso de *encuentro* entre dos partes del mundo que... se habían desconocido completamente la una a la otra... el encuentro entre estas dos partes del mundo, o entre estos dos *mundos* culturales se emprendió con el tambor batiente de la conquista.” *Et Caetera*, Guadalajara, noviembre-diciembre de 1969, núm. 18, p. 45.

¹¹ Miguel León-Portilla. *Visión de los vencidos*. México, UNAM, 1959, p. XXXI (Col. Estudiante Universitario, 81).

¹² *Comisión Nacional Conmemorativa del V Centenario del Encuentro de Dos Mundos*. México, 1987, p. 33.

lar el drama que significó la conquista y la colonización para los pueblos americanos. Nada más lejano a la realidad. Así como oficialmente “celebrar el descubrimiento de América”, tal como insistieron algunos mexicanos que aún se duelen de no haber nacido españoles, hubiese levantado gran polvareda en el seno de nuestro país —como pudo percibirse en varias ocasiones—, tampoco podía salirse al ámbito internacional, más bien deseoso y necesitado de concordia que de más motivos de fricción, con una comisión convocada para recordar el quinto centenario de la “invasión” o del “genocidio”, como algunos llegaron a proponer.

Menos sensato aún, cabe tenerlo claro, hubiese sido hacer caso de otras posiciones que proponían celebrar cosas peores como la “invención [*sic*] de América” que les niega historicidad propia a los pueblos americanos, incluyendo a sus más altas culturas.¹³

Al hablar del *encuentro de dos mundos* [decía León-Portilla], se está subrayando que se tiene el propósito de tomar en cuenta la presencia y la actuación no sólo de las gentes que procedían del Viejo Mundo, sino también de aquellas con quienes ocurrió el encuentro: los pueblos y culturas indígenas del Nuevo Mundo... Se busca, por tanto, que se tome en cuenta el ser de las civilizaciones nativas del continente americano, y la palabra y situación de las sociedades y etnias indígenas contemporáneas a este V Centenario.¹⁴

En la redacción del proyecto de *Acuerdo* presidencial que dio vida legal a la Comisión, León-Portilla también tuvo que ver, aunque estuvo ausente de la confrontación o encontronazo suscitado con algunos leguleyos que pretendieron “mejorar” el texto. Prácticamente se pudo salvar todo de sus garras correctoras, pero en algunos detalles se salieron con la suya. De cualquier manera, es conveniente destacar algunas de las consideraciones que sustentan dicho *Acuerdo*:

Que la historia nos vincula a países con los que compartimos una tradición cultural que nos ha permitido afrontar los grandes retos derivados de un mundo crecientemente complejo e interdependiente;

Que el encuentro entre europeos y americanos, ocurrido a partir del 12 de octubre de 1492, dio origen a una nueva etapa en la historia universal, produciendo con ello grandes transformaciones económicas, sociales y culturales en ambos hemisferios, determinando nuevas formas de vida para numerosos grupos humanos e influyendo en la organización y sistemas de convivencia de esos pueblos;

Que la conmemoración de los quinientos años de ese encuentro es motivo

¹³ Quien acuñó esta frase, Edmundo O’Gorman, también le niega razón de ser a la América Latina, frente a la gran superioridad que le atribuye a la sajona, a la que se le debería de asemejar y asimilar... Cf. *La invención de América*. México, Fondo de Cultura Económica, 1956.

¹⁴ *Comisión Nacional Conmemorativa del V Centenario del Encuentro de Dos Mundos*, México, 1987, p. 34.

propicio para analizar los hechos históricos a la luz de la realidad contemporánea, considerando la influencia que se hayan ejercido los dos mundos entre sí;

Que debe procurarse un mayor acercamiento entre los países latinoamericanos y de éstos con los de la Península Ibérica, mediante la realización conjunta de acciones y empresas que contribuyan a vigorizar su conciencia histórica y fortalecer su soberanía e identidad;

Que es de interés nacional conmemorar el encuentro de los dos mundos con el examen y valoración crítica de su consecuencia y significado, así como meditar sus implicaciones y alcances con respecto a la situación mundial contemporánea.

Que haya salido este planteamiento de las reuniones en que participó Miguel León-Portilla no debe sorprender a nadie, pues concuerda perfectamente con su decir y hacer anterior. Lo que sí hubiera sido sorprendente es que el ideario hubiese tomado otro sendero, como ocurrió con varios renegados de sus propios antecedentes por causa de su afán protagonístico o simplemente por quedar bien con su jefe o con su guía espiritual.¹⁵

Entre tanto, de Miguel León-Portilla, a quien acompañé en varios lances internacionales con la representación oficial del gobierno, me llamaron la atención tres cualidades principales que en ese tiempo aún no le conocía:

a) Su gran capacidad de aprender con rapidez, lo que permitió a la delegación mexicana asumir muy pronto un liderazgo en las reuniones internacionales de las diferentes comisiones, a pesar de habernos conformado después que la mayoría de ellas y de habernos incorporado al concierto cuando muchas premisas ya estaban bien establecidas.

Gracias a León-Portilla, no obstante el estupor y el rechazo que generó de primera intención la posición oficial de México, se logró con celeridad mucho mayor que la esperada que el camino tomado resultara más conveniente a los intereses de los mexicanos y de los demás países de Latinoamérica, aun a pesar de los comisionados de algunos de ellos.

b) Su ponderación, sin detrimento de la firmeza de las convicciones, ganó muy pronto la simpatía de quienes se involucraban directamente en el asunto y consiguió que la Comisión mexicana fuera mucho más eficiente que si nos hubiéramos dejado arrastrar por la vehemencia común entre quienes se saben en aras de una causa justa.

Debo reconocer que el prestigio personal de León-Portilla era generalmente un magnífico heraldo de nuestra Comisión; mas, aunque parezca mentira, no todo mundo sabía bien a bien quién era este hombre pequeño y nervioso que observaba a todos y tenía para cada quien un trato sumamente comedido. Recuerdo, por ejemplo, que el presidente de la

¹⁵ V. gr. Juan Ortega y Medina, *La idea colombina del descubrimiento desde México (1836-1986)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1987, p. 14 y 157.

Comisión española, un ginecólogo destacado, con quien se logró establecer después una feliz relación, se permitió explicar al pleno, incluidos por supuesto León-Portilla y socios, cuáles eran las características esenciales del pensamiento náhuatl... Ello ocurrió en Santo Domingo, en 1984, cuando se manejó por primera vez en público nuestra posición y los españoles dieron amplias muestras de desagrado. Lo que sucedió es que también ellos tuvieron una gran capacidad de aprendizaje y no sólo admitieron lo inconveniente de su idea inicial, con grandes resabios de franquismo, sino que aceptaron que era más conveniente y justo tratar las cosas como México lo proponía. En consecuencia, y sin ánimo de ahondar en los avatares internos de España, el propio Luis Yáñez Barnuevo, presidente de la Comisión española, escribió en el diario madrileño *El País*, el 12 de octubre de 1986, lo siguiente:

Quando la Comisión Nacional de México propuso el concepto de “Encuentro de Dos Mundos” no sólo definía con acierto el ciclo histórico que nació hace quinientos años, sino también el sentido más profundo y más auténtico de la conmemoración.

c) Por último, deseo subrayar la gran calidad de maestro y amigo de Miguel, que convirtió en una experiencia enriquecedora y placentera a más no poder el haber participado codo con codo en tantos trayectos y avatares, con un cabal avenimiento de ambos y el mayor respeto y consideración de su parte. Estoy seguro de que, sin dicho aprendizaje, en las ocasiones en que me tocó a mí encabezar después a la delegación mexicana, los resultados no hubieran sido tan favorables.

Fueron muchos los avances que se habían alcanzado en 1987 cuando Miguel León-Portilla dejó de ser coordinador general de la Comisión para convertirse en representante permanente de México ante la UNESCO, pero el tema del Quinto Centenario no se salió de su cartera. A pesar de que en 1981 la Asamblea General de dicho organismo se había opuesto por gran mayoría a la proposición española de “celebrar el descubrimiento de América”, un sexenio después, durante su gestión diplomática, León-Portilla habría de conseguir el apoyo prácticamente unánime del mismo cuerpo para *conmemorar el encuentro de dos mundos*.

Después de 1989, al sobrevenir el gobierno de Carlos Salinas de Gortari, la posición oficial mexicana se volvió más tímida. A fin de cuentas el panorama no se vio muy diferente del que se apreciaba cien años atrás: el tributo a España en una exposición internacional con francas intenciones mercantiles; y en casa, brindis y discursos sin mayor chiste, y libros y actos académicos siempre útiles. Como legado valdero al futuro, tal parece que lo más importante fue la proposición de mexicanos como León-Portilla, presentada por primera vez en 1984, con ánimo de que la reflexión fuese más acorde con las circunstancias y los anhelos mayoritarios de este final del siglo XX.